

Visitas

Comíamos el desayuno en la galería de la casa, a eso de las diez de la mañana. El aire nuevo de la primavera, todavía frío tras las grandes nevadas, agitaba las hojitas nuevas del enorme árbol del patio. Los cerros mostraban recién la pelusita tímida que se transformaría en el verde seguro de los pastos. Deleite y engorde de majadas.

El corral se estremecía con balidos de los cabritos nacidos bajo las nieves de julio. Uno de ellos yacía asadito y rechinante en la fuente de madera sobre el mesón de algarrobo, sacrificado para nuestro sustento y placer.

Este desayuno se comía siempre de pie. Cada uno se servía a su gusto, a dedo, sin plato, con cuchillo y tenedor. Solo los niños se les cortaba la carne, por lo general costillitas doradas y ellos, con un pedazo de pan, se retiraban a comerlas, rumiándolas hasta dejarlas bien mondadas, sin un pellejo siquiera, <<pa` conseguir novia blanca>>, decían, antes de arrojar los huesos a los perros ansiosos que recibían a la vez en cuando un: ¡Juera, choco, aura verís!, si se atrevían demasiado.

Entre los comensales estaban dos pajueranos: Pedro Fuetes, el maestro Casales, y su hermano Luis, recién llegado de Buenos Aires. Además de la familia se encontraba allí también don Juan Chiquito, un hombrecito contrahecho, de edad indefinible, medio inocente y medio pícaro, que siempre llegaba a las casas buscando un burro perdido cuando sentía el olor a asado.

- ¡Ausha Dios! – gritaba ya desde el río para que le atajaran los perros.

- ¡Por siempre! – le contestaba el tata (ánima bendita, que Dios lo tenga en su santo descanso) -. ¡Pase nomás y ate pa` juera!

Esto último era una broma. Don Juan no tenía ni una caña para montar.

Expresaba el recién llegado su demanda del burro y aceptaba la invitación a compartir el desayuno sin hacerse rogar.

Aquella mañana, junto al pan casero y el cabrito había, en honor a las visitas, dos botellas de vino tinto.

Don Juan, alentado por el prime vaso <<a fondo blanco pa` hacer el piso>>, conversaba y reía sentado en un palo que servía a la vez de caballete para los aperos. Apurado por comer, tomar, hablar y reírse al mismo tiempo, de pronto se ahogó con un trozo de carne. Allí fueron los apuros:

- ¡San Blas, San Blas! – clamaba mi mamá (que con Dios esté)

- ¡Échele aire! ¡Levántele los brazos! – pedía Pedro, desesperado.

- ¡Llamen al médico, pidan una ambulancia! – gritaba Luis.

Mi tata, más decidido, le pego dos fuertes palmazos en la espalda y el hombre, tras haber arrojado el bocado atragantado, respiró hondo y se secó los ojos con la manga de la camiseta, tan sucia que parecía más una bolsa de lona.

Para pasar el susto tomó apenas un sorbo del vaso de agua que alguien le pasó y se largó para adentro otro vasito de tinto.

- Coma ´espacio, don Juan – aconseja mi tata.

- Lo que pasa – explicó el viejo entre toses – es que mi fierro corta poco – y mostró algo que para alfiler era grande, pero para cuchillo no alcanzaba -. Ustedes tendrían que haber visto en la minga de don Reyes...

- ¿En la minga? – Interrumpió don Luis -. ¿Y qué es eso?

- Vea, señor – explicó el tata -, aquí somos muy pobres pa`contratar gente paga en los trabajos. Entonces, el que tiene una obrita grande, como techar una casa en el caso de don Reyes, llama a los vecinos y todos vamos a colaborar. Al terminar, el dueño ofrece una comilona, con guitarra y baile, si es posible. Eso es una minga.

- Ah, trabajo comunitario – reflexionó Luis.

Don Juan, que no había perdido el tiempo durante la explicación, comiendo y tomando a dos manos, continuó su relato:

- Como iba a diciendo: a la minga llegó un hombre de afuera, un tal Bailón...

- Bailón Escudero – completó el tata.

- Ese mismo. Serio y callado el hombre, con unas manos como batea e`palo, pero guapo y forzudo como una mula.

- ¿Y qué hizo el tal Bailón? – se interesó Pedro.

- Pues mire, terminado el techo que nos quedó parejito como cancha e`taba, llamaron pal asado. ¡Cállese hombre! Habían carniao un buey del tiempo e`los españoles, duro y flaco. La carne, medio curda y medio quemada, parecía cuero pa`las lonjas y yo mi amigo, con este fierrito inútil – se lamentó.

- ¡Qué pena! – comentó mi tata con sorna al verlo alzar el último trozo de carne.

- Yo creba que parecería de hambre, con lo mucho que habíamos trabajado.

- Aramos, dijo el mosquito en el asta del buey – sonrió mi mamá por lo bajo.

- ¿Y qué pasó? – insistió Pedro.

- Vea, don. Se acercó el Bailón ese, peló un semejante cuchillo, como pa`capar liones, grande y afilao que cortaba el viento. Se llegó a la mesa. Le hizo un quero a la carne y, con el tajo, cortó la carne, el hueso, la fuente, el mantel, la mesa y una perra preñada que estaba bajo la mesa. ¡Barbaridá, mi amigo!

Ante el final tan inesperado, todos, hasta los niños que escuchaban boquiabiertos, soltamos la carcajada y don Juan, visto que no estaba el burro perdido y que no había más asado, después de empinarse el último trago de vino que quedaba, agradeció cortésmente en despedida.

- Dios se lo pague, señora, que yo no soy capaz.

- Buen pagador es – contestó mi madre – y usted disculpe la poquedad.

Entonces don Juan se puso sobre la greña canosa un sombrerito deforme y grasiento y se fue, río abajo, arrastrando sus inalcanzables usutas. Buscando el burro perdido, iría seguramente a la casa de los Soria, a donde podía llegar a esta hora del almuerzo, por casualidad.

Rosa Pereyra.